

Pixabay
brendageisse

Perdonar para poder amar



Dr. Alberto Sánchez

El perdón libera, limpia el alma, clarifica la mirada, nos hace más humanos y al mismo tiempo nos “diviniza”, nos hace cercanos a Dios. El perdón es capaz de armar una fiesta donde todo podría ser reproche, represalia, cálculo, humillación.

Una de las páginas más bellas del Evangelio es la “parábola del padre misericordioso”. El hijo traiciona la confianza de su padre, le exige su parte de la herencia y la gasta en una vida de vicios y excesos. Cuando decide volver a casa, cansado de sufrir privaciones, se imagina apenas como un servidor. Piensa: le pediré perdón y le rogaré que me reciba como a un siervo más. Sin embargo, al llegar, se ve sorprendido por la alegría sin fin de su padre, a quien lo único que le importa es que ese hijo que se extravió ha recapacitado, se ha

arrepentido y ha vuelto a casa. Lo que el hijo descubre al volver es un corazón que desborda cariño y compasión, porque es un corazón que, mucho antes, supo perdonar.

Todos nosotros, sin excepción, ofendemos y somos ofendidos. **Solo si sabemos pedir perdón y perdonar somos capaces de amar, porque el amor no puede brotar de un corazón en el que el rencor ha hecho nido.** Saber perdonar y saber pedir perdón es condición necesaria para poder amar. ¿Cómo poder amar, hasta el límite que nos pide el Señor, a alguien a quien guardo aunque sea una pizca de rencor?

Jesús nos pide mucho más que perdonar a quienes amamos. Nos pide perdonar y amar a quienes no nos aman, a quienes incluso nos odian, a quienes nos hacen daño, a quienes nos persiguen, nos calumnian, nos hieren. ¿Cómo llegar a esto tan difícil?

No es posible desde el plano meramente humano, porque nuestra limitada capacidad de perdonar y de amar no es capaz de llegar a tanto. **Lograremos hacerlo con la gracia de Dios, porque si para nosotros es imposible, “para Dios nada es imposible”** (Lc 18,27). A Él acudamos con la oración confiada, pidiéndole con fe que libere

nuestro corazón de las espinas del odio, del rencor, del deseo de venganza muchas veces disfrazado de afán por la justicia.

Estamos llamados a perdonar simplemente porque Dios perdona. Dios, que es nuestro Padre, perdona siempre, ¿cómo no voy a perdonar yo, que estoy tan cargado de pecados y defectos? Si yo no perdono, ¿cómo podrá perdonarme el Señor si todos los días le pido, en el Padre nuestro, que

perdone mis pecados en la medida en que yo perdono a los que me ofenden?

Perdonar siempre, cuantas veces sea necesario (Mt 18,22) y a todos, sin excepción, porque Dios "no hace acepción de personas" (Rom 2,11).

Si es cierto que saber perdonar y saber pedir perdón es una condición para amar, también es cierto que el amor abre el camino del

perdón. El padre misericordioso recibe con los brazos abiertos al hijo, lo abraza, le pone un anillo, lo viste de gala y prepara una fiesta para celebrar su regreso, porque lo ama entrañablemente y su amor es más fuerte y más decisivo que cualquier error o pecado. **Su inmensa alegría nace de saber que su hijo amado ha vuelto a casa, a la vida, ha sido rescatado.** El hermano, en cambio, se ahoga en razonamientos de justicia y, al no saber perdonar, no puede alegrarse, no puede reconocer en ese regreso una redención.

El perdón libera, limpia el alma, clarifica la mirada, nos hace más humanos y al mismo tiempo nos "diviniza", nos hace cercanos a Dios. El perdón es capaz de armar una fiesta donde todo podría ser reproche, represalia, cálculo, humillación.

El perdón, redime y convierte.

Cuenta Víctor Hugo en "Los miserables", que Jean Valjean una noche robó al obispo, quien lo había hospedado, sus cubiertos de plata. A la mañana siguiente, cuando los gendarmes atrapan a Valjean con el botín y lo llevan junto al obispo, éste les dice que se los había regalado e, incluso, lo reprime por no haberse llevado también los candelabros de plata que eran parte del obsequio. Cuando se retiran los gendarmes, el obispo le dice a un desconcertado Valjean: "Hermano mío, usted no pertenece ya al mal, sino al bien. Es su alma lo que le compro; se la quito a los pensamientos malos y al espíritu de perdición y se la doy a Dios". Valjean, profundamente conmovido, se convirtió y vivió como un hombre honrado el resto de su vida, procurando hacer el bien.

Fue redimido por el perdón, que es el triunfo del amor sobre los cálculos de justicia y de merecimiento. ■

